

La Lectura Popular

J. M. Milla

JUAN HOLGADO Y LA MUERTE.

CUENTO POPULAR.

Pues señor, han de saber ustedes que había una vez un hombre que se llamaba Juan Holgado, y á fé que á nadie le pudo venir peor el nombre, porque el pobre no tenía más que la mañana y la tarde, tres cuartos de hambre y tres de necesidad. —Pero en cambio tenía un celemin de hijos con unas tragaderas como tiburones.

Díjole un día Juan Holgado á su mujer: —Esas criaturas son un hato de tragaldavas capaces de engullirse las estopas del óleo: no tomaría más sino comerme una liebre solo, á mi sabor, y sin estos alanos que de la boca me lo quitan. —Su mujer, que era una bendita (mejorando lo presente), por no verlo rabiar con los hijos, vendió una docenita de huevos que le habían puesto sus gallinas, mercó una liebre, la guisó con caldo de empanada, y al día siguiente por la mañanita le dijo á su marido: —Alí tienes en el hato una liebre guisada y media hogaza de pan: véte á comértelas al campo, y buen provecho te hagan. No se hizo el sordo Juan Holgado, sino que cogió el hato, y hechó á correr que no veja la vereda. Después que se hubo metido legua y media debajo de los pajs, se sentó al pié de un olivo más satisfecho que un rey, se encomendó á Nuestra Señora de la Soledad, sacó el hato la ollita con la liebre y el pan, y se puso á comer. —Pero cate usted, que, sin saber ni como ni por donde, vió de repente sentada enfrente de él á una vieja vestida de negro y más fea que un voto á Dios; era más amarilla y más descarnada que un pergamino de Simancas; tenía los ojos hundidos y amortecidos, como candil sin aceite; la boca como una espuerta; en cuanto á nariz, aquí estuvo: no había nada, ni memoria, perdone usted por Dios. —Maldita la gracia que le hizo á Juan Holgado aquella compañía llovida del cielo; ¿pero qué había de hacer? —Co-

mo no era ningun bárbaro, la dijo que si gustaba comer. — ¡Tomal como que la vieja no quería otra cosa, le contestó que para no ser descortés admitía el favor: se sentó y empezó á comer. — ¡Caballeros! aquello uo era comer, sino devorar. — ¡Qué agallas, cristianos! —En dos por tres se metió la liebre entre pecho y espalda.

Por vida del dios Baco, que es el



Dios de las vacas —decía para sí Juan Holgado: —¿pues no hubiese sido mejor que se hubiesen mis hijos comido la liebre, que no ésta vieja del demonio? Está visto, ¡el que tiene mala fortuna nada le sale derecho!

Cuando la vieja hubo acabado, que ni el rabo de la liebre dejó, dijo:

—Juan Holgado, me ha sabido muy bien la liebre.

— ¡Ya lo he visto! —suspiró Juan Holgado,

— Quiero pagarte la fineza — dijo la vieja.

—Viva V. mil años — contestó Juan Holgado con sorna al ver el pelage de la vieja.

—Sí haré — respondió ésta; — algunos más tengo; pues has de saber que yo soy la muerte en propia persona.

— ¡Juan Holgado pegó un repullo que fué flojo, en gracia de Dios!

—No te descuajaringues, Juan Holgado, que contigo no va nada; para pagarte el beneficio te voy á dar un consejo; métete á médico, que por mí cuenta que no ha de haber por esos mundos otro más afamado y que más pesetas gane.

—Señá muerte, yo me contento con que no se acuerde su mercé de mí en una buena parvada de años; en lo demás, eso de médico no es para mí.

—¿Por qué no, hombre?

—Porque yo no he estudiado lo fino.

—No le hace.

—Señora, yo no sé ni latín, ni Diego (Griego)

—No importa.

—Señora, si no sé escribir, que me tiembla el pulso; ni leer, que me estorba lo negro.

— ¡Dale, bola, dale! — dijo la muerte, que se la iba llevando el demonio con tantas dificultades—

— ¡Caramba contigo, Juan Holgado, que tienes la cabeza á prueba de bombal

¿No te estoy diciendo que no importa, que no importa, desde una hora? Te digo que me dá un pito del saber de los médicos: yo no voy ni vengo porque ellos me llamen ni me saquen; hago lo que me dá mi real gana, y me río de los médicos, que cuando se me antoja cojo á uno por una oreja y me lo llevo. Cuando se pobló el mundo no había médicos, y por eso se hizo la cosa pronto y bien, y desde que se inventaron los médicos, se acabaron los matusalenes. Serás médico y tres más, y si te niegas, te llevo conmigo más fijo que el reloj. —Ahora atiende y chitón. En tu vida de Dios, has de recetar más que agua de la tinaja; ¿estás?

—Bien está, contestó Juan Holgado que estaba con la muerte que trinaba y con más ganas de darle una guantada que de escucharla.

—Si cuando entres en una alcoba me ves sentada en la cabecera del enfermo, dí resueltamente que se muere, que no tiene remedio y que lo preparen. — Si por el contrario yo no estoy allí, asegúra que no se muere, y receta agua de la tinaja.

—Con eso se despidió la feísima señora, haciendo una cortesía á la francesa.

—Buena señora, le dijo Juan Holgado no quisiera despedirme de usted con aquello de *hasta más ver*, y espero que su mercé tan poco abrigará el deseo de visitarme, porque no siempre tengo yo liebres con que regalarme, y esta fué una, y se la llevó el gato.

—No tengas cuidado Juan Holgado, contestó la muerte; mientras no veas tu casa desconchase, no aportaré por allí.

Juan Holgado se volvió á su casa, y le contó á su mujer cuanto le habia pasado, y su mujer, que era más lista que él, le dijo, que cuanto le habia dicho la vieja lo podía creer, porque nada habia más verídico y cierto que la muerte.—Enseguida echó por ahí la voz que su marido era un médico de los pocos, y que no tenía más que mirar á un enfermo la cara para saber si se morfa ó vivía.

Un domingo que estaban una porción de mozalejas á la puerta de una casa más alegres que unas sonajas, acertó á pasar por allí Juan Holgado.

—Ahí viene Juan Holgado, dijo una de ellas, que alcabo de sus años se nos la viene echando de médico.—¡Pues mire usted que salir ahora con esa sopa de ensalada al cabo de Rames Pascuas, parece cosa de juegoll—Si se habrá imaginado ese vejestorio que tiene unas luces como un eslabon de madera, que no hay más que el decir, y las gentes creer, y no es más sino pura fachenda y para que le digan *Don Juan*, y el *Don* le sienta como á un burro un sombrero de copa alta; y todas se pusieron á cantar:

*Don Juan Holgado
allí en la esquina
parece un ramo
de clavellinas.*

—¿Vamos á darle una chasco á ese presumido? dijo una de las muchachas: me finjo mala ¿y á que se lo cree?

Dicho y hecho. Las muchachas dejaron plantada una canasta de higos chumbos que estaban comiendo, y en un decir Jesús estaba la que discurrió la guasa metida entre palomas, dando cada ¡ay! que llegaba hasta el cielo. Fueron las otras corriendo á llamar á Juan Holgado comiéndose la risa. Acudió este, y al entrar notó en la puerta de la calle un rímero de cáscaras de higos chumbos tamaño y tan grande. En la alcoba, lo primero con que se dió de narices fué con su convidada la muerte que estaba en la cabecera de la cama más seria que un ajo porro. Muy mala era, y entonces Juan Holgado y se

vá.—¿Pues que es lo que tiene? preguntaron las muchachas que á duras penas podían contener la risa. Tiene, respondió éste, una atraquina de higos chumbos, y los higos chumbos son como las mujeres en misa, entran una á una y quieren salir todas á la par. Fuése Juan Holgado, y á las dos horas estaba la muchacha con Dios. Dejó á la consideracion de ustedes, caballeros, la fama que esto dió á Juan Holgado.

No habia por esos mundos enfermo de cuidado, ni se celebraba junta sin que asistiese á ellas Juan Holgado, que ganaba pesetas á manos llenas, que ni sabía qué hacer con ellas: compróle á los hijos un Usia y unas placas que se colgaban por delante y unas llaves que se colgaban por detrás: en cuanto á él, no quiso colgajos sino pasarlo bien: así fué que se puso tan gordo, tan desarrollado, y tan despelotado, que daba gusto el verlo: tenía más cara que el sol de Dios, más popa que una cerca holandesa: las piernas como columnas; las manos como embuchadas, y la barriga como la media naranja de la Iglesia.

A todo esto Juan Holgado cuidaba grandemente de su casa. Cuando los chiquillos le hacían en la pared algun descostrado, los hacia su padre, en castigo, uno en sus pellejos. Siempre tenia en ella un albañil que pagaba por años, reparándola, recordando lo que le habia dicho la muerte, de que mientras no se desconchase su casa no aportaría por allí.

Pasaron los años que cada vez corren más, como piedra que rueda por una cuesta.

Los últimos venian de mala vuelta. Juan Holgado les ponía muy mal gesto, y ellos en venganza, el uno se le llevó el pelo, el otro las herramientas, (dientes) otro le encorbó el espinazo que parecia una hoz, y el otro le obsequió con una cojera.—Un día se puso malo, y la muerte le mandó memorias con un murciélago, lo que no le hizo á Juan Holgado maldita la gracia. Otro día le acometió la pituita y la muerte le mandó á decir con una lechuza que pronto lo visitaría; Juan holgado le dijo á la lechuza que se fuese á freir monas. Otro día le dió un accidente, y la muerte le mandó á decir con un perro que se puso á aullar á la puerta, que estaba en camino. Juan Holgado le tiró la muleta al perro y lo mandó á un *asta* (digo *asta* por no decir cuerno, pues aunque basto sé de crianza; que mi padre me la enseñó con una cartilla de acebuché.) Se empeoró el enfermo, y la muerte llamó á la puerta. Juan Holgado

mandó atrancar, y asimismo que no le abriesen; pero la muerte se coló por una rendija.—Señá muerte, la dijo Juan Holgado con muy mal gesto, me digisteis que no vendríaís mientras mi casa no se desconchase; así es, que á pesar de los recaditos, yo no aguardaba á su mercé.—¿Y qué?, respondió la muerte, ¿no se te han ido las fuerzas? ¿no se te han caido los dientes y el cabello? tu cuerpo, esa es tu casa.—No sabía tal, señora, dijo el enfermo, así es, que fiado en vuestra palabra, vuestra venida me sobrecoge.—Pues sí, hijo mio, vengo por tí. Y vengo precisamente, para pagarte el favor que me hiciste.—Buena manera teneis de pagar favores, respondió Juan Holgado. Entonces la muerte echándole los canillas por el cuello le dijo:—¡Infeliz! ¿qué sería de tí si yo no viniese en tu socorro? Mira tu cuerpo destruido, tu alma entristecida de verse encerrada en tan desvencijado cajon. Si yo no te sacase de la esclavitud pronto serias como el pajarito metido entre ruinas, que no puede volar porque los escombros le abrumen y le oprimen. Yo soy quien te dá la libertad, que para eso me envia Dios, Padre misericordioso como mensagera suya. Si el grano de trigo no muriese estéril quedaria; más porque muere y se transforma lleva grandísimo fruto.

Quando la muerte acabó de hablar dió un beso á Juan Holgado en la frente y Juan Holgado que era buen cristiano, comprendiendo entonces que la muerte no es mala puesto que Dios la envia, sonrió en señal de conformidad, dobló la cabeza y se quedó como un pajarico.

La muerte le habia pagado la merienda en la mejor de todas las monedas; la moneda de la vida eterna.

Cuento de Fernan Caballero, adicionado y arreglado para LA LECTURA POPULAR por Adolfo Clavariana.

SECCION INSTRUCTIVA

SEPULTURA Y RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR

P. ¿Qué milagros se obraron al morir el Salvador?

R. En el momento que espiró se disiparon lastinieblas que se habian esparcido sobre la tierra, desgarróse de arriba abajo el velo del templo, tembló la tierra, se hendieron los peñascos, se abrieron los sepulcros y resucitaron los muertos.

P. ¿Qué efectos produjeron estos milagros?

R. El centurion que custodiaba al Salva-

dor se convirtió diciendo: *Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios*; los soldados que le ha habian crucificado exclamaron á su vez: *Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios*; y finalmente un gran número de personas, testigos de tantos prodigios, se volvieron dándose golpes de pecho.

P. ¿Qué hicieron los jefes de la Sinagoga?

R. Fueron á ver á Pilatos para suplicarle que mandara romper las piernas á los tres crucificados, y Pilatos envió soldados para hacer lo que pedían los judíos.

P. ¿Qué hicieron los soldados?

R. Rompieron las piernas de los ladrones, más viendo que Jesús estaba ya muerto, no se las rompieron, y únicamente uno de los soldados le abrió con su lanza el costado de donde salió al instante sangre y agua.

P. ¿Qué adviertes en esto?

R. Que cada una de estas circunstancias era el cumplimiento de una profecía, porque la Escritura habia dicho al hablar del cordero pascual: *No romperéis ninguno de sus huesos*. Y la figura debia cumplirse en el Salvador, verdadero cordero pascual. Y en otra parte: *Echaron los ojos sobre el que traspasaron*.

P. ¿Quiénes fueron los que sepultaron al Salvador?

R. José de Arimatea y Nicodemo. Le envolvieron en sábanas con perfumes y lo depositaron en un sepulcro enteramente nuevo, abierto en la roca, donde nadie habia sido depositado aun, y cubriendo despues la entrada con una gran losa, se fueron.

P. ¿Qué precauciones tomaron los jefes de la Sinagoga?

R. Alcanzaron de Pilatos guardias que colocaron cerca del sepulcro, y sellaron la piedra que cerraba la entrada con el sello público; pero todo esto no sirvió más que para demostrar su debilidad y la verdad de la resurreccion de nuestro Señor.

P. ¿Cómo resucitó?

R. Por su propia virtud; el sepulcro se abrió milagrosamente, y los centinelas quedaron casi muertos de pavor.

P. ¿A quien se mostró primero el Salvador?

R. A la Virgen santísima, á María Magdalena, y en seguida á otras santas mujeres á quienes encargó que anunciaran su resurreccion á Pedro y á sus discípulos.

P. ¿Qué hicieron los soldados que le custodiaban?

R. Fueron á contar lo que habia sucedido á los jefes de la Sinagoga, que les dieron una crecida cantidad de dinero recomendándoles que dijese que los discípulos de Jesús habian ido á llevárselo á favor de la noche mientras dormían.

P. ¿Qué era todo esto?

R. No era más que una torpe fábula para engañar al pueblo, y á la cual no daban crédito los mismos jefes de la Sinagoga, pues persiguieron y dieron muerte á los Apóstoles, no por haber arrebatado el cuerpo de su Maestro del sepulcro ó predicado falsamente su resurreccion, sino únicamente por ha-

berla predicado á pesar de sus mandatos.

P. ¿Cómo probó el Salvador á los judíos su resurreccion?

R. Sacando su cuerpo de su poder, porque los judíos eran dueños del sepulcro de nuestro Señor, y por consiguiente estaban obligados á presentar su cuerpo al tercer dia, ó debían reconocer que habia resucitado.

P. ¿Por qué no se mostró el Salvador á los judíos despues de su resurreccion?

R. 1.º Porque era una gracia que no les debia; 2.º porque hubieran abusado de esta gracia como de las demás.

P. ¿Qué lo induce á creer?

R. Su conducta, pues no se convirtieron á la vista de Lázaro resucitado ni antes los milagros que hicieron los Apóstoles para probar la resurreccion de su Maestro, pues por el contrario crecieron en maldad, y no eran pruebas lo que les faltaba sino buena voluntad.

P. ¿Cómo probó el Salvador su resurreccion á sus discípulos?

R. Mostrándose á ellos, hablando y comiendo con ellos, y permitiendo que le tocasen.

P. ¿Se mostró á ellos muchas veces despues de su resurreccion?

R. Con frecuencia; primero á san Pedro, despues á Santiago, en seguida á dos discípulos que iban á Emaús y á los Apóstoles reunidos, y finalmente á más de quinientos discípulos á un mismo tiempo.

P. Los Apóstoles ¿creyeron fácilmente en la resurreccion del Salvador?

R. No; pues santo Tomás llegó hasta decir que no la creeria si no ponia sus dedos en las aberturas de los clavos y su mano en el costado del Salvador.

P. ¿Se le concedió este favor?

R. Sí; ocho dias despues de su resurreccion, estando reunidos todos los discípulos, apareció nuestro Señor; y dijo á Tomás: *Mete aquí tu dedo y mira mis manos; acerca la tuya y ponla en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel*. Tomás exclamó: *¡Señor mio y Dios mio!*

P. ¿En qué se ocupó el Salvador durante los cuarenta dias que pasó en la tierra despues de su resurreccion?

R. En convencer plenamente á los Apóstoles que verdaderamente habia resucitado, en instruirles á fondo en su doctrina, y en enseñarnos cómo debemos vivir cuando hemos tenido la fortuna de resucitar á la gracia.

P. ¿Por qué puso el Salvador tanto cuidado en probar su resurreccion?

R. Porque este milagro es la base de toda la Religion.

Gaume.

VARIEDADES

Ya se ha consumado en Madrid la fechoria de la capilla protestante. En cuanto el gobierno ha salido de sus apuros

electorales la masoneria ha quedado complacida y..... hasta otra.

Hablando de este golpe revolucionario asestado al corazon del catolicismo español dice un periódico católico. "Nuestras luchas fratricidas, nuestro encono, nuestra falta de union, es la causa principal de la verguenza que hoy nos abrumba. Por nuestra falta de union se envilece á España; por nuestra falta de union se nos abofetea en medio de la cara y con toda la mano; por nuestra falta de union estamos contrayendo grandes responsabilidades ante Dios y ante los hombres."

Cierto ciertísimo; nuestras discordias esplican lo que está pasando. Si los católicos nos uniésemos y organizásemos y dejando á un lado diferencias de modo y forma obedeciésemos de todo corazon la voz del Papa no se nos despreciaria como se nos desprecia.

En un brillante discurso pronunciado por el Conde de Mun, el infatigable defensor del Catolicismo ha dicho estas palabras.—Debemos felicitarnos de que á través de tantas dificultades hayamos podido, sin embargo dosembarzarnos de los partidos é instituir una fuerza, con la que poco á poco todo el mundo tendrá que contar.

No alcanzaremos nuestro objetivo hasta que por todas partes, en todas las provincias, en todas las ciudades, en todos los pueblos, tengamos un grupo de hombres que representen francamente la accion católica independiente....

Así como los gobiernos son prisioneros de las Cámaras, porque estas son las que tienen los cordones de la bolsa, así los católicos no podrán jamás organizar sus fuerzas y prepararlas á las luchas electorales, sino tienen los cordones de la bolsa y si son tambien prisioneros de los hombres que no comprenden la política bajo su verdadero punto de vista.

En Granada se ha fundado una asociacion de católicos que poniendo su fé por encima de sus compromisos políticos, se comprometen á no dar su voto á ningun candidato que no sea católico y esté aceptado por el Prelado. ¡Magnífica determinacion! Si todos los que en España nos llamamos católicos hiciéramos lo mismo pronto desaparecerian los males de la Iglesia y de la patria.

Y no se daría el tristísimo espectáculo de que mientras se abren capillas protestantes para que los herejes blasfemen y disparaten cuanto quieran contra la verdadera religion, á diguísimos sacerdotes católicos como D. Alejo Larrion párroco celosísimo del pueblo de Azagra (Navarra) se le procese y condene por haber dicho desde el pulpito de su Iglesia que el matrimonio civil es un contubernio legal.

Es decir que un párroco católico ya no tiene libertad para decir la verdad á sus feligreses mientras un protestante la tiene para

predicar toda clase de mentiras.

¿Sucedería esto si los católicos estuviésemos unidos?

Ha muerto Ferry uno de los mayores descristianizadores de la Francia. Comparados con este crimen los demás que se le imputan son un grano de anís. Se le acusa de haberse entendido con los alemanes enfascando á Francia en empresas tan poco gloriosas como la de Túnez y el Tonkin pero ¿qué es esto comparado con la expulsión de las Órdenes religiosas, la secularización de los hospicios y hospitales, la imposición del servicio militar forzoso á los seminaristas, la imposición de la enseñanza laica obligatoria y la abolición general de crucifijos en todas las escuelas del estado?

Ferry buscaba la presidencia de la República, pero la muerte le ha detenido en el camino.

Dios haya perdonado á este perseguidor del catolicismo cuya gloria quieren heredar por lo visto ciertos gobernantes españoles.

Hasta el Sultan les dá lecciones La Sublime Puerta ha asegurado al Pontífice que no se pondrá obstáculo alguno á las ceremonias de la peregrinación del Congreso eucarístico, que ha de presidir el cardenal Langenienx.

El Sultán ha expresado á Su Santidad, por mediación del Patriarca armenio, la profunda convicción que tiene de que el poder moral del Pontificado es la suprema garantía del orden social europeo.

Una persona ilustrada perteneciente á la escuela liberal, con el título de „Estos se vá„ ha publicado en „Las Provincias„ los siguientes versos que expresan admirablemente el amargo desengaño de los hombres que de buena fé militaban en ese campo y hoy ven los venenosos frutos que produce.

„¿Y qué hacer? La ruina es tan completa
Que no queda esperanza, ni asidero
Al contemplar que la borrasca aprieta.

Sin fé, sin ideales, el venero
De las virtudes cívicas se agota;
La muchedumbre tiende á lo grosero,

Oye sonar positivista nota;
Odio á la gente acomodada apila,
Y de sus labios la amenaza brota.

¡Edad de decadencia! Todo oscila;
El poder de la fuerza nos mantiene,
Y este mismo poder también vacila.

?Quién, aún siendo un titán, la ola detiene?
Cuando resuena de la plebe el coro,
Nadie al hambriento en su furor contiene.

Va por derecho en busca del tesoro,
Y como aquel que le agarró primero,
Para sí quiere el vellocino de oro.

Le negaron á Dios y no hay sendero
Que á la conformidad lleve sin brillo
Al que, viviendo en el destino fiero,

De la inclemencia, se le abrió el portillo...

Le arrancaron la fé, pero olvidando
Que tenía la garra y el colmillo.

¿El destino fatal nos va llevando
A nuestra destrucción por ley divina?

¿Vamos á la barbarie caminando,
Porque á ella volver se nos destina?

Yo no lo sé; mi labio se contiene;
El pensamiento á mi pesar declina.

Yo no lo sé; ni mi razón se aviene
A hundirse en el abismo fatalista...

Yo no lo sé; más la barbarie viene.

Jacobo Sales.

¿No sabe usted, señor Sales, porque volvemos á la barbarie? ¡Pues si hasta los niños lo saben ya! Porque hace un siglo que ciertos hombres, cegados por su soberbia, acicados por su sensualismo y como dejados de la mano de Dios, en vez de defender la verdad y combatir el error están haciendo todo lo contrario. Ha dicho un sabio que detrás de las sofismas vienen las revoluciones y detrás de los sofistas los verdugos. Pues bien, hoy al sofista del liberalismo ha sucedido el verdugo de la anarquía que nos trae la barbarie á pasos agigantados. Esto es todo.

¿Me negará usted, señor Sales, que hacen cien años la culta y sabia Europa está escupiendo al cielo blasfemias, iniquidades, torpezas y mentiras? ¿Me negará usted que no ha habido nación civilizada que inspirada por el espíritu revolucionario haya dejado de escupir su odio á la Iglesia católica en forma de leyes injustas dirigidas á mermar la influencia y el imperio moral de esta madre generosa del humano progreso? Pues como es natural hoy le cae la saliva en la frente.

En cierta capital de España hay un pobre vendedor de periódicos que echando á rodar todos los respetos humanos ha hecho de su humilde industria una especie de apostolado.—¡Vendo periódicos católicos!—grita por las calles:—¡La Verdad Cristiana! ¡La sana doctrina! ¡No vendo veneno! ¡No vendo esas mentiras con que se engaña al pueblo! ¡No hay más que una verdad que es Cristo! ¡Y el que no está con Cristo está contra él! Claro está que nuestro hombre recoge cada día una buena cosecha de insultos; pero también recoge no poco fruto.

¿Qué lecciones dan los pobres á los ricos,
los ignorantes á los sabios!

Contra la esclavitud.—El Papa acaba de hacer un notable regalo á la Sociedad antiesclavista de Bélgica. Leon XIII ha enviado una suma de 50.000 francos para la suscripción abierta para proteger la expedición encargada de socorrer á los belgas que se hallan en peligro en Tanganika.

Esta expedición de socorro irá bajo la dirección del capitán Descamps, y se dirigirá al Tanganika por el Cabo y el Zambese.

Gracias al regalo enviado por el Papa, la suma reunida actualmente, aunque no la necesaria, permite, sin embargo, que se ponga en camino la expedición.

La Iglesia siempre la misma.

En pocos días hemos tenido el gusto de recibir tres obras llenas de ciencia y de erudición que revelan la actividad de los buenos católicos en el campo de la inteligencia. *El socialismo y anarquismo* del R. P. Vincent; *La masonería en España* por D. Mariano Tirado y Rojas; y *El estado y la reforma social* por D. Eduardo Sanz y Escartín son tres obras interesantes que deben figurar en la biblioteca de todo católico instruido. Sentimos que el poco espacio de que disponemos nos impida hacer una reseña bibliográfica de cada una de ellas, pero oportunamente daremos á conocer á nuestros lectores en la sección instrutiva algunos fragmentos de tan luminosos trabajos. El pueblo está ansioso de verdades. ¡Lástima que no podamos hacer llegar hasta él vulgarizándolas las muchísimas que encierran estos y otros trabajos con que los escritores católicos se esfuerzan por combatir el error causa una principal de los males que padecemos.

BIBLIOGRAFIA

EL ESTADO Y LA REFORMA SOCIAL por D. Eduardo Sanz y Escartín. El título de esta obra revela su importancia en los momentos presentes. Es un trabajo serio, concienzudo, científico y Cristiano, 1 tomo, 5 pesetas.—Dirigirse al autor.—Aguirre 5—segundo Madrid.

LA MASONERIA EN ESPAÑA, ensayo histórico por Don Mariano Tirado y Rojas, con licencia de la autoridad eclesiástica.—Tomo primero. Esta obra arroja gran luz sobre el origen, desarrollo y planes de la masonería. Es de gran actualidad.—Se vende á 2 pesetas en la administración de „El Siglo Futuro„ y en todas las librerías de Madrid.

LA CUESTION OBRERA, bajo el punto de vista médico, discurso leído en la asociación farmacéutica del partido de Bejar, por D. Félix Antiguada Díaz, médico cirujano.—Folleto de 11 páginas.—50 céntimos. Los pedidos al autor.—Bejar.

DEVOCION DE LOS SIETE DOMINGOS de San José, oraciones para oír la Santa Misa, un devoto triduo, visita al 19 y otras devociones al Santo Patriarca.—40 céntimos en rústica y 75 en tela.—Librería de Hernandez.—paz 6.—Madrid.

DULCE PANAL, que amasado con la purísima sangre de Jesús confortará nuestras almas, ó sea „Manual del devoto de la Purísima Sangre„.—60 céntimos en la misma librería.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares la cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción	4 pesetas mensuales.
Media id.	2
Un cuarto id.	1
Un octavo id.	0'50

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Boisa 10 y en las demás librerías católicas.

IMP. DE LA LECTURA POPULAR.